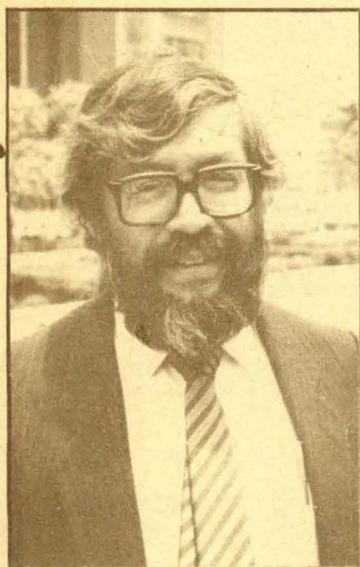


NI QUEMAR EL SANTO, NI DEJAR

De Alumbrarlo

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



En dos semanas, a partir del 8 de marzo, media docena de los más importantes periódicos del mundo incluyeron materiales sobre México. Era común que lo hicieran hace seis años, cuando estábamos en la cresta de nuestro fugaz ascenso petrolero. Hoy, el tono es por entero diverso del que hizo característico al célebre reportaje de *Town and Country*, en donde campeaban los poderosos de México. Hoy, esos poderosos si bien no han sido abatidos, no son ya personajes centrales en la vida mexicana: Díaz Serrano está en la cárcel; Hank González en el retiro; los banqueros en negocios distintos de la intermediación financiera.

Hoy, el desastre, en mayor o menor magnitud, parece ser el protagonista de las informaciones sobre México. *El País*, de Madrid; *Newsweek*, de Nueva York; *The Washington Post*, de la capital norteamericana; *L'Express*, de París; *The Christian Science Monitor*, de Boston; *Time*, de Nueva York, ponen su atención sobre nuestro país. Con la sola excepción del semanario citado en último término, que hace una entrevista al presidente de la Madrid, todos los demás incluyen juicios muy severos sobre el manejo de la economía o de las consecuencias del terremoto. En todos ellos se aprecia una suficiencia, un mirarnos por encima del hombro muy propio de la prensa extranjera.

También se incluyen juicios sobre la personalidad del Presidente de la República. Y en el caso de *El País*, hasta un insulto, que naturalmente no reproducimos, para no hacer el juego al autor. Su caso es el de una nítida transgresión de normas éticas, no sólo porque se trate del Presidente de la República (cuya investidura debió merecerle respeto) sino también porque la adjetivación no sustituye para bien a los hechos.

A pesar de la agresividad del reportaje de *El País* no fue esta publicación, sino *Newsweek*, la que provocó una serie de reacciones muy alteradas, por parte de la Comisión Permanente del Congreso, y de políticos priistas. La causa parece ser obvia: el diario madrileño no circula en México (su edición internacional hebdomadaria ya no está más en el mercado mexicano), mientras que la revista norteamericana se encuentra corrientemente en tiendas de autoservicio, cafeterías yanquiformes y aun en puestos de periódicos.

Se comprende que el reportaje de *Newsweek* provoque las reacciones que generó. Primero, porque el presidencialismo exacerbado en que vivimos lleva a considerar ofensivo para el Presidente casi todo juicio severo acerca de su actuación o su personalidad. Segundo, porque la proliferación de informaciones, especialmente norteamericanas, sobre México, indican la existencia de una campaña destinada a deformar ante la opinión pública de los Estados Unidos la situación mexicana, más allá de sus verdaderos alarmantes perfiles reales. Dos entrevistas de la corresponsal de Televisa en Washington, Yolanda Sánchez, una con el secretario de Estado George Shultz y otra más reciente (el Lunes Santo apenas) con el general Vernon Walters, embajador norteamericano ante la ONU, muestran el hilo conductor de tales informes sobre México: se está gestando un activo ánimo intervencionista que supone un ablandamiento del público norteamericano en relación con la inminencia de un desastre en México... que sólo la buena voluntad de los Estados Unidos puede evitar.

En ese contexto, no puede leerse la prensa extranjera, cuando habla de México, como si se tratara del ejercicio presuntamente objetivo de la profesión de notificar los hechos a públicos interesados en ellos. Es preciso entenderla como instrumento político, destinada a alcanzar objetivos contrarios al interés nacional. En tal sentido, es rechazable la difusión de infundios acerca de nuestro país y nuestro gobierno.

Pero hemos de aplicar al caso el sabio principio filosófico que preconiza el justo medio: ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbré. Se precisa practicar un delicado ejercicio de matizamiento que distinga el chovinismo cerril, enfermizo, de la defensa de nuestro interés nacional. También se requiere diferenciar entre las intenciones de quienes deforman la realidad mexicana actual, y el cúmulo de datos de los que parten para construir sus informaciones.

Es decir, no sería sano que en nombre de cualquier valor muy estimable se creara el clima en que otros valores tan estimables como aquellos que se invocan resultarían lesionados. Porque sería fácil trasladar al ámbito interno el espantajo del dolo internacional contra México. Como resultado de esa traslación, los juicios críticos que aquí se expresaran sobre acciones gubernamentales entrarían a formar parte de una conjura antinacional. De allí a santificar la intolerancia no hay más que un paso.

En octubre de 1976, el entonces secretario de Patrimonio, Francisco Javier Alejo, nos invitó a desayunar en su casa de la colonia Florida a don Julio Scherer y al autor de este artículo. Se preparaba entonces el lanzamiento del primer número de *Proceso*. Se habrían producido, de distintas maneras y a través de varios medios, desde sugerencias hasta amenazas destinadas a mitigar o suprimir el ardor antiecheverrista que se suponía con razón, iba a teñir el tono de la nueva publicación. La conversación con Alejo formó parte de esa tentativa de disuasión. Lo peculiar de su plática estribó en hacernos conocer una teoría según la cual el prestigio del jefe del Estado era un asunto de seguridad nacional. Para preservar ésta, razonó, el Estado no debe detenerse ante ningún obstáculo. De suerte que si el prestigio del Presidente queda en riesgo, es lícito obrar de cualquier manera para impedirlo.

No faltan entre nosotros, en esta hora, quienes sustentan la versión contemporánea de tal teoría. Ya han comenzado a ponerla en práctica, erigiendo en **enemigos del Presidente** a ciertos críticos, a un puñado de periodistas que buscan examinar con el mayor rigor posible las acciones gubernamentales, incluidas naturalmente las del Titular del Poder Ejecutivo. Pero es seguro que la mayor parte de ellos tienen un mínimo de claridad en la conciencia para no sentirse homologables, en cuanto a la trascendencia de su actividad pública, con el Presidente y por lo tanto nadie tendría la arrogancia de sentirse enemigo suyo. Y al contrario, estiman que la racionalidad del Jefe del Estado le impediría en todo caso tener como sus enemigos a ciudadanos comunes y corrientes, parte de la nación que él representa.

Un riesgo grande, en este contexto, es que se busque, con buenas y valederas razones, aminorar la severidad de los juicios sobre la situación nacional. Una cosa es clara: ningún periodista, ni político responsable de la oposición debe descender a los albañales y sustituir con denuestos remojados allí los razonamientos ni los análisis. Pero éstos son necesarios, imprescindibles precisamente en circunstancias difíciles. Y mientras más rigurosos sean, mejor que mejor.

Ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbré, pues: no ignorar la mala fe que impregna en esta hora buena parte de la información sobre México en los medios extranjeros; pero no montemos un tribunal para asestarles la intolerancia, y no prolonguemos el afán de nostador y silenciante que de aquella intolerancia puede desprenderse, a nuestra vida pública.

Aguila o S ob

bosques de maderas preciosas se muestran al borde de la carretera. Aquí, en la pradera, hay muchos chamulas desplazados de su montaña original. Me cuentan que el ILV (Instituto Lingüístico de Verano) les ha hecho el ayío: no que los enseñe a hablar el inglés o el castellano, sino que los “evangeliza”: es decir, les cambia sus textos religiosos, San Juan Bautista no es un santo milagroso, les dicen, sino un monote de barro cualquiera, y los “evangelizados” entran en contradicción teológica con la gente chamula y, peor, en conflicto de hogar y de tierra. Los del ILV no ganan almas para Dios y sí llenan de riñas a los indios para... ¿para qué, Santo Señor?

Por algo el diccionario etimológico dice que, si Tuxtla —la capital política—, viene de “Tochtli” y “Tlan”, por tanto tierra donde abundan los conejos, “Comitán” quiere decir “lugar de fiebres”. Raíces del idioma náhuatl, pues.

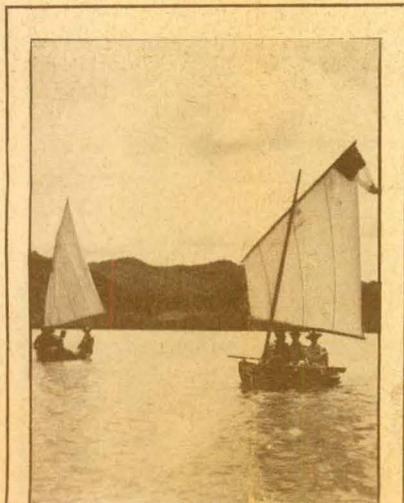
De verdad, los comitecos son gente afiebrada. Hay un lugar en el mapa, en la costa del Golfo de México, puerto importante, donde muchos de sus habitantes se sienten llamados por el Señor a ser “simpáticos”. Y son, como en España, en Andalucía, en Sevilla, pesadísimos por lógica. Aquí, en Comitán, no son simpáticos por decreto municipal. No son “jarochos”, pues.

Y la cordialidad se manifiesta en el aire, en el habla, en el abrazo bueno. Tiene la ciudad una cronista —enfermera de oficio, modesta de beneficio—, que es toda una gloria del cantar y el reír: Lolita Albores. Y oyéndola y disfrutándola en chanzas y en decires, la noche de hoy y el día siguiente y todos los que en el calendario me pongan, se deslizan suaves, canoros, jacarandosos.

¿Que cómo fue? Bueno, no voy a repetir las cosas que me tuvieron botado de la risa más saña, más espléndida. Quien quiera divertirse y sentir lo bonito de la vida... que vaya a Comitán, de veras...

MARTES:

MONTEBELLO.



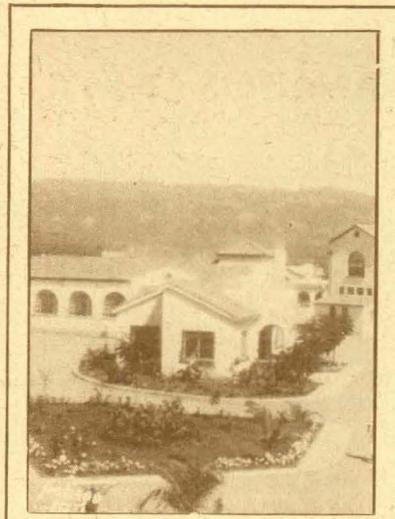
En “Montebello”, agua de esmeralda, de turquesa, de zafiro.

Homero Díaz, anfitrión —repito— insuperable, me programó para ir a la selva, volando en una avioncita. Ir a Yazchilán y a Bonampak, que son regalos de la cultura prodigiosa maya. Pero hoy, martes, en el llanito que sirve de aeropuerto, no había avioncitas disponibles. Yo vendí el día, porque hace tiempo que dejé de adorar la aventura. Ir con el infarto a flor de piel, sobrevolando los bosques y los lagos, ya hace mucho que no me da emoción hermosa y valedera. Mejor, a ras de tierra, a los lagos de colores de diversos que, en su paraje, bien se nombran de “Montebello”.

El agua de esmeralda, de turquesa, de zafiro, en paisajes “idílicos” (¿o hay otro adjetivo necesario?), en los lagos preciosos. Se me alivia la neurastenia, me curo del *esmog*. Vuelvo a pensar como posible la vida tranquila, recatada, el cielo de puro aire azul, las aguas de los lagos sin basura, sin mugre; el alma a plenitud.

MIÉRCOLES:

¡OH, EL REGRESO!



Neblina en el aeropuerto de Tuxtla... y ¡otra vez al hotel!

como no llegué a tiempo me va a jalar de las orejas!— y nos echamos, a disparo de vuelo, de Comitán a San Cristóbal y de aquí a Tuxtla. Todavía la bajada de la sierra, con una neblina espesa, dura, impenetrable. Pero llegando a Tuxtla —a tiempo de ver en la Catedral de San Marcos el toque de la hora, con la música del carrillón, entre tres en tiempo lento “Las Chiapanecas”, ritmo dulcísimo así, el desfile de los 12 apóstoles, que salen a la fachada y a la plaza, empezando por Pedro con sus llaves, Tomás con su escuadra, Juan con su libro y con su águila, y terminando con Judas Iscariote, el único sin aureola pero sí con la talega—, aunque en la ciudad había cielo despejado, rumbo al aeropuerto sólo nubes negras, lluvia terca. No podía llegar y bajar del avión y el vuelo se quedó cancelado. Me esperaron inútilmente en Televisa y del mismo en la revista *Siempre!*

¿Me extrañaron? ¡Quién sabe! Yo sí mis dos hogares...

JUEVES:

“EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL COLERA”.

Lo tenía abrazado contra su pecho, y lo arrullaba; pero me lo prestó.

María Ester Pozo.—otra vez digo: la que hace posibles las finuras y las bellezas de Para Gente Grande— cantaba con el libro y nos gorjeaba las mañanas benditas por el libro. Yo, con su tesoro a-cuestas, lo he venido leyendo poco a poco, degustando las frases, bebiéndome avariados la tinta de las letras.

Ayer se lo decía a Fausto Castillo, que con el libro se ha deleitado muchísimo: “Fíjate que me pesa”. Adivino las frases coloridas, pintorescas. Nada me intriga. Siento que es la metáfora por la metáfora. Todo es superficial y ni siquiera anecdótico. Cuando dicen que Florentino Ariza tocaba en el cementerio para que el curso de los vientos llevara las notas del vals a la recámara de Fermina Daza, siento que es la sabida, manida, pinche figura literaria que me aburre. ¿Será, Dios mío, que ya no tengo capacidad de sorpresa? ¿O será que Gabo sencillamente se repite?

A machamartillo, voy pasando las páginas. No encuentro florituras en sus descripciones —ya hechas— de patios y de jardines y de estados anímicos. Nada hay peor, en una trama, en una dramaturgia, que saber lo que va a pasar y peor lo que el supuesto escritor taumaturgo va a decir. No hay milagro, no hay literatura.

Luego de gastar millones de palabras en la ciudad, el río, las ciénagas, los barcos, nos quiere convencer de un amor a destiempo, un amor de cadáveres ambulantes en el que él no se involucra: una pequeña farsa para consumo de jóvenes sedientos; nada que se apoye en una auténtica experiencia, en un pensamiento hondo. En tan frágil, como “La señorita de Tacna”, en un hábil escribidor que en el fondo ve con desprecio a la chochez de la familia.

En la vejez —a la que no se siente inscrito el Premio Nobel—, son otros los pensamientos, otras las circunstancias. Colombianamente vestir de frases una anécdota minúscula es contrariar a Shakespeare. En